



Gemma Urraka Un instante en la oscuridad



DESTINO

Un instante en la oscuridad

Gemma
Urraka

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1714

© Gemma Urraka, 2023

Autora representada por Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.

Publicado originalmente en Argentina por La Bestia Equilátera

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

www.edestino.es

Primera edición: octubre de 2025

ISBN: 978-84-233-6849-5

Depósito legal: B. 15.419-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Limpergraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

La cabaña

Recuerdo la cabaña como si fuera parte de un sueño. Uno de esos lugares que quedan grabados en nosotros, pero que con el tiempo van transformándose. A lo largo de los años mi imaginación ha regresado a ella tantas veces que ha ido tomando otras formas, otros colores; y detalles que antes pasaban desapercibidos se vuelven ahora nítidos; y cosas que estaban ahí, desaparecen para siempre. Quizá por eso ahora esa casa que una vez estuvo tan viva parece la evocación de un sueño, pues no es más que un cúmulo de fragmentos distorsionados que no habita en ningún sitio más que en la memoria difusa, cambiante y caprichosa de quien lo recuerda. El pasado tal y como ocurrió no existe, lo inventamos.

Todo en la cabaña era de madera. Todavía siento el tacto, su olor dentro y fuera de la casa. Llegué el primer día de septiembre de aquel verano sofocante y me encontré con una brisa fría que me erizaba el vello de los muslos. Cogí un tren desde el aeropuerto que me llevó hasta la ciudad, y allí otro tren que me acercaría, en tres horas, a un pueblo. Me había informado bien sobre cómo encontrarla, Sasamoto me ha-

bía enviado todo tipo de indicaciones de parte de la señora: qué tren coger, en qué estación bajar, los horarios y las frecuencias de cada medio de transporte, y un mapa muy detallado con el camino hasta la cabaña dibujado en color rojo. El segundo tren me dejó en un pueblucho boscoso en el que apenas se veía gente. De allí partía un curioso funicular que me subió hasta lo alto de la montaña, donde *el otro escritor* debía recogerme a la hora acordada, ya que yo no sabía conducir. Esperé unos tres cuartos de hora sin que nadie apareciera, y llena de impaciencia me eché la gran mochila a la espalda y sujeté el resto de los bártulos con las manos. Siempre tiendo a minimizar los esfuerzos antes de realizarlos, y cuando llegó el momento de caminar, después de siete horas de vuelo, dos trenes y un funicular, estaba agotada. Cuando llevaba unos diez o quince minutos andando —carretera de tierra desierta, húmeda, rodeada de bosque infinito— y aún me quedaban otros tantos hasta la cabaña, una furgoneta azul noche paró junto a mí. Me fijé en la ventanilla, aún con la esperanza de que el hombre que debía recogerme hubiera llegado con cierto retraso. Una anciana me hizo señas para que me acercara; su marido estaba al volante de aquel cochambroso vehículo. Me preguntaron a dónde iba y si necesitaba ayuda. No hablaba su idioma, pero les indiqué, mapa en mano, que me dirigía a la cabaña que se encontraba al final de la vereda, y pronuncié con cuidado el apellido de la señora —Baamonde—, pues supuse que todos se conocían. Me sugirieron que me subiera en la zona de carga del furgón y yo, con un gesto, agradecí su ofrecimiento.

La parte de atrás de la furgoneta no tenía ventana. Era un cubículo viejo y sucio en el que un perro me miraba con ojos de pena, como pidiendo auxilio. Deposité mi equipaje y me senté junto a él, observando el charco de vómito que el pobre animal, mareado por el sinuoso camino, tenía a sus pies. Una mampara de vidrio separaba los asientos delanteros de la parte trasera. Los ancianos no hablaban, pero me miraban de vez en cuando a través del retrovisor, como en una de esas películas de terror en las que la protagonista se dirige de forma voluntaria hacia su fatal destino. Al final del sendero frenaron en seco y me indicaron que me bajara. Yo saqué mis bultos tratando de no tropezar con el líquido amarillento, que se esparcía por el suelo del vehículo. Desde allí no se veía ninguna cabaña, pero señalaron el camino que debía seguir por el campo para encontrar lo que estaba buscando. Me despedí de ellos con la mano y dieron media vuelta para continuar con su trayecto.

Tras unos doscientos metros de caminata errante, sin demasiada confianza en estar haciendo lo correcto, en mitad de la arboleda y de la soledad más remota divisé una cabaña de madera oscura rodeada por un frondoso bosque de pinos. Frente a la casa se podía ver una minúscula piscina de color verde oscuro que se fundía con el tono de la hierba. El lugar era bucólico: un paraíso para cualquiera que, como yo, buscara alejarse del ruido. El aire, cargado de humedad, parecía espesar la luz grisácea del atardecer. Me acerqué hasta quedar a pocos metros de la entrada esperando que alguien notara mi presencia. En la quietud del

entorno, un sutil movimiento ondulante llamó mi atención: una hamaca de tela ocre de aspecto tropical se balanceaba en el porche. El movimiento paró en seco ante el sonido de las primeras hojas del otoño bajo mis pies, y entonces vi como una pierna se posaba sobre el suelo, después la otra, y un hombre de figura corpulenta se dibujaba ante mí. Tenía la melena larga y una barba poblada le cubría parte del rostro. Se me quedó mirando y levantó la mano en un saludo.

—¡Vaya! ¿No era mañana cuando llegabas?

—No —respondí con torpeza—. Era hoy.

Rio con socarronería y esperó a que me acercara al porche y subiera los cuatro escalones que lo separaban del césped.

—Lo siento, aquí arriba uno pierde la noción del tiempo. De todas formas, ¿a quién se le ocurre venir hasta aquí sin coche?

Apoyé el equipaje en el suelo.

—Encantada —me presenté, y apreté su mano algo incómoda, pues me sentía sucia y cansada después del largo viaje.

—Soy Duncan. Ven, te voy a mostrar la casa.

Lo reconocí de inmediato, era Duncan Parker. Había visto su fotografía en perfiles biográficos, contracubiertas de libros y en alguna que otra revista literaria, pero nunca había imaginado que fuera tan alto. Sabía con certeza que era norteamericano, pero se dirigió a mí, desde un primer momento, en un español fluido con un acento lleno de musicalidad que me sonó a argentino. Entramos en la cabaña y dejé la mochila en el suelo. Un pasillo de paredes de madera se abrió ante mí.

—A la izquierda —me señaló con la mano— están el salón y la cocina.

Se trataba de una amplia estancia diáfana, con grandes ventanales a ambos lados. Un sofá de cuero marrón ocupaba la mitad del espacio frente a una chimenea que, supuse, encendían en invierno. Una gran estantería se levantaba en la pared, sobre la que reposaban cientos de libros ordenados con cuidado. A la derecha del mueble había un viejo tocadiscos; debajo, ocho o diez vinilos en sus fundas.

Detrás del sofá había una cocina americana, toda de madera, incorporada al salón con un par de taburetes altos frente a la barra. Un llamativo set de cuchillería brillaba sobre la encimera perfectamente colocado, como si nadie nunca se hubiera atrevido a usarlo. Todo estaba limpio y reluciente, hasta la madera del suelo. Ninguna decoración ni adorno en las paredes, todo lo que allí había era práctico y funcional, y sin embargo se percibía cierta armonía estética que hacía de ese espacio un lugar bello y agradable. Al final del pasillo había dos habitaciones: una pequeña e inhóspita con dos camas individuales y otra más acogedora con una cama de matrimonio vestida con ropa blanca de croché algo anticuada. Esta última sería mi habitación. Tenía una mesa de escritorio frente a la ventana sobre la que había una lámpara de metal y un taco de hojas blancas. Se divisaba desde el ventanal un enorme jardín florido.

—He traído las instrucciones —dije mientras observaba el exterior.

—¿Qué instrucciones?

—Las que me hizo llegar la señora para la casa y el jardín.

El escritor soltó una pedorreta y volvió a reírse con descaro. Me sentí estúpida, pero no dejé que se notara.

—La parte de arriba es mi habitación. Ahí no hay nada más, así que con esto ya te mostré todo lo que necesitas.

—¿El baño? —pregunté anticipándome a su marcha.

Giró medio cuerpo y dirigió la mirada al final del pasillo por el que habíamos entrado, hacia la puerta junto a la que mi equipaje esperaba ser recogido. Levantó el brazo y señaló a lo lejos. Lo seguí con la mirada y observé, al otro lado del agua verdosa una construcción hecha con tablas de madera que mediría alrededor de dos metros cuadrados.

—¿Es el único baño de la casa? —pregunté sin acritud.

Percibí una risa ahogada en su boca y vi que bajaba la vista y arqueaba las cejas.

—El baño y la ducha. Asegúrate de llevar siempre una linterna, y cuidado con las culebras. Bienvenida, espero que no me molestes demasiado.

Dio media vuelta y caminó hacia el exterior pasando junto a mi mochila. Desde el pasillo vi como salía al porche y escuché después el sonido cadencioso de la hamaca, que se movía de nuevo en un suave vaivén.

La primera tarde no volví a hablar con Duncan. Luego, por la noche, el *jet lag* me sumió en un profundo

sueño y desperté a las tres de la madrugada algo desvelada. Escuché una música proveniente del salón y caminé hasta el baño para comprobar qué ocurría. Lo vi de espaldas, sentado en el sofá, fumando un cigarrillo y leyendo un libro. No entendía cómo alguien era capaz de leer y escuchar, a la vez, música tan alta. Pensé en pedirle que bajara el volumen, pero no llevaba allí ni doce horas y aún no sentía el coraje necesario para alterar los hábitos de un desconocido que llevaba allí más tiempo que yo. Había algo en su figura y en la imagen que tenía de él que me imponía respeto. La señora me había dicho «*el otro escritor* estará allí». Pero ese *otro escritor* era nada más y nada menos que Duncan Parker. Decidí callarme por una noche y observar su actitud, ver cómo era el día a día en aquella casa y si podía adaptarme sin rechistar demasiado. Después de aquello dormí en una especie de duermevela que me mantuvo intranquila, entre el sueño y la vigilia, y cuando desperté al día siguiente la casa estaba en completo silencio.

Aquella primera mañana no nadé. Empezaría a hacerlo al tercer o cuarto día, cuando ya hubiera establecido mi rutina. Hice café mientras recogía y limpiaba la cocina, que aún tenía restos de comida que *el otro escritor* había dejado, varias latas de cerveza a medio terminar, colillas apagadas en platos y cubiertos usados. No había comido nada desde hacía varias horas y encontré la despensa tan llena de alimentos que me atreví a servirme sin pedir permiso, solo hasta que pudiera bajar a hacer la compra. Me sentía algo torpe, sin saber bien cómo abordar aquella nueva vida que yo misma había escogido.

Aproveché que *el otro escritor* estaba ausente, quizá dormido, para inspeccionar bien todas las zonas de la casa que todavía no conocía. Llené una palangana con agua del tanque que había en el baño, junto a la piscina, y limpié la cocina y fregué los platos. Estudié dónde se guardaba cada cosa, en qué armario iba la vajilla y en qué otro los utensilios. En un mueble estantería que reposaba sobre la encimera me encontré con una docena de frascos de cristal llenos de lo que parecían diferentes tipos de plantas secas. No había etiquetas que las identificaran, pero imaginé que se trataría de hierbas aromáticas para condimentar. Abrí algunos de los recipientes tratando de averiguar, por medio del olfato, si contenían orégano, tomillo o perejil. Ninguno de aquellos aromas me resultó familiar. No había lavadora, supuse que tendría que lavar a mano toda mi ropa, y pensé si tenderla en el jardín sería una buena idea a pesar de la humedad. En el salón no había televisor, tampoco radio. Solo el mueble con libros, lo cual tenía sentido teniendo en cuenta que aquel era un hogar concebido para escritores. Entre ellos se abría un hueco rectangular en el que se veía la chimenea, en ese momento apagada. A pesar de que el calendario indicaba que aún estábamos en verano —y yo había dejado Madrid con 35 grados centígrados—, sentí un poco de frío y me abroché la sudadera.

El sofá de cuero era de dos cuerpos, aunque su hermoso tamaño podía abarcar a la vez a tres, incluso a cuatro personas si se apretaban. Había a un lado un butacón y detrás una mesa plegada con varias sillas apoyadas contra la pared. Imaginé que, cuando eran

muchos en la casa, tenían espacio suficiente para sentarse. Ahora éramos solo dos y teníamos suficiente con el sofá y la butaca, y para comer podríamos arreglarnos con los dos taburetes de la cocina, aunque, en ese momento, me resultaba extraño imaginar que fuéramos a comer juntos o incluso a compartir el mismo espacio. En el lado oeste del ventanal estaba el porche, con dos sillas de madera que miraban al exterior y la hamaca de tela que el día anterior había ocupado *el otro escritor*. Al final de los escalones, el césped se abría hasta dar con la pequeña piscina verdosa, de unos ocho metros de largo, que ocupaba la parte delantera de la casa. El césped se alargaba unos metros más hasta llegar a la linde del terreno, marcada por los altos pinos que daban comienzo a la inmensidad del bosque. No existía un camino claro por el que llegar o salir de la casa, por lo que la sensación era de aislamiento total.

Después de estudiar bien los recovecos de la casa volví a mi habitación y coloqué todos mis utensilios sobre la gran mesa de escritorio que tenía en mi dormitorio. En medio, el viejo ordenador portátil que mi padre había recibido de su empresa y que yo había heredado después de su jubilación. Era un viejo cacharro pesado y lento, pero me había acostumbrado a transcribir en él todas mis notas gracias a mi habilidad para teclear a gran velocidad, habilidad que había adquirido un verano a los doce años cuando mi madre me inscribió en un curso de mecanografía que creyó que podría serme útil en el futuro. A su lado coloqué el gran cuaderno de borradores que siempre llevaba conmigo. Al otro, la agenda y un calendario

abierto en el mes de septiembre. Saqué todos mis bolígrafos de colores y los metí en una taza que cogí de la cocina. Después, los cuatro libros que había traído conmigo desde España y que constituirían las lecturas durante mi estancia. «Puedes tomar cualquier libro de las estanterías —me había dicho la señora Baamonde—, pero luego asegúrate de dejarlo en su sitio.» Las paredes del dormitorio estaban cubiertas por un papel pintado de color amarillo apagado, bastante feo, que me recordó al cuento de Charlotte Perkins Gilman. Me pregunté si estar allí encerrada y aislada durante un mes, rodeada por ese horroroso papel pintado, me volvería loca a mí también y acabaría arrancándolo de las paredes y arrastrándome por los suelos a gatas como la protagonista de la historia.

La habitación estaba limpia y ordenada. El orden era fundamental para mi creatividad, necesitaba tenerlo todo bajo control si quería concentrarme e indagar en mis adentros. «Me pondré a escribir», pensé, pues al fin y al cabo era a lo que había ido. En contraste con el orden exterior, las posturas en las que me sentaba eran siempre asimétricas, deformes y extremas. Los pies en alto, una pierna por encima de la otra, la cadera elevada, la espalda retorcida, con la columna dibujando una S. Esto lo hacía con mayor facilidad cuando era joven y mi cuerpo ágil; ahora las torsiones se han simplificado y me pasan factura con mayor frecuencia si estoy sin moverme más de dos horas. Recuerdo estar frente a la hoja en blanco, con todos mis esquemas delante, todo el trabajo previo de planificación que había hecho durante los últimos meses. «¿Qué hago aquí?», pensaba, como con un

sentimiento de fraude, como si estuviera engañando al mundo por el hecho de estar allí, en ese lugar, escribiendo lo que yo decía que algún día sería una novela. Me arrepentí por un momento de haber tomado aquella decisión. Era mi primer día en la cabaña y me quedaba un mes por delante. Me tranquilicé pensando que no tenía por qué quedarme, que si las cosas no iban bien podía volver a casa antes de que el mes terminara, en cuanto lo decidiera. No le debía ninguna explicación a nadie, era solo una prueba, un experimento. Pero sabía que, si me marchaba, acabaría sintiéndolo como un fracaso.

Frente a mí, al otro lado del cristal, había un jardín floral muy distinto al bosque que había dividido en mi caminata el día anterior. Veía sobre todo rosales, de flores rojas y rosas, enredados sobre una valla de metal verde que se camuflaba con el fondo. Recordé, y aún recuerdo, uno de los puntos que había leído en las instrucciones que me había enviado Sasamoto de parte de la señora Baamonde:

El rosal necesita abundantes riegos profundos y espaciados cada dos o tres días. NUNCA regar las hojas ni las flores, sino el corazón de la planta, la raíz.

Saqué entonces el «Manual de cuidado de los jardines» que la señora me había hecho llegar y lo coloqué también sobre el escritorio, junto a las hojas en blanco. Lo abrí y busqué en el índice manuscrito la página que hablaba de los rosales. Junto a las instrucciones de cuidado había un hermoso rosal dibujado a mano. Debajo, unos versos de Emily Dickinson.

*Un sépalo, un pétalo y una espina
sobre una común mañana de verano,
un frasco de rocío, una abeja o dos,
una brisa
un brinco de los árboles—
¡Y ya soy una rosa!*¹

Durante los primeros días no pude escribir una sola palabra. Estaba alterada por el cambio de vida, de horario y de rutina. Me entretuve organizando la habitación, guardando mi ropa en el armario, limpiando de forma compulsiva los recovecos de mi dormitorio y leyendo los esquemas que había traído desde mi casa. Pasaron dos jornadas enteras hasta que Duncan y yo volvimos a dirigirnos la palabra. No coincidíamos en los mismos espacios y, cuando lo hacíamos, uno u otro salía con rapidez tratando de evitar la incomodidad del encuentro.

Duncan era distante e independiente. No parecía necesitar a nadie en su vida. Podía estar horas bajo mi mismo techo y no sentir la necesidad de dirigirme la palabra, actuaba como si yo no estuviera allí. A mí esto me incomodaba, no porque quisiera hablar con él o tuviera particular interés en cultivar una amistad, sino porque me parecía una actitud socialmente extraña. Me refugié en mi habitación durante esos primeros días, pero no escribí. Él solía tumbarse en la hamaca o estar sentado en el sofá, y cuando me veía aparecer en el salón o acercarme a la cocina, se

1. Emily Dickinson, *Herbario y antología botánica*.

levantaba y se marchaba a su habitación con total indiferencia.

La tercera noche volví a despertarme de madrugada y a escuchar música en el salón. Duncan estaba de pie junto a la barra de la cocina bebiendo de una lata de cerveza y fumando un cigarrillo.

—¿Te importaría bajar la música? —le pedí algo alterada, aún frotándome los ojos.

Se limitó a cantar por encima de la letra y dio otro sorbo a la cerveza.

—Este es un lugar de trabajo. Necesito dormir bien para poder rendir mañana.

—No seas exagerada —me dijo—. No son ni las doce.

—Tampoco estaría mal que fumaras en el porche.

—Hace frío.

Se dio la vuelta, soltó un poco de ceniza en un plato y dio otra calada a su cigarrillo sin mirarme. Yo regresé al dormitorio. Un par de minutos después apagó la música. Escuché sus pasos por el pasillo y subiendo las escaleras, hasta que cerró la puerta de su habitación.

Sasamoto me había indicado, de parte de la señora, que podría hacer la compra en el pueblo más cercano, al que llegaría en el funicular. Eran veinte minutos de caminata, más otros diez de funicular, hasta llegar al pueblo. «Y si no, *el otro escritor* podrá bajar en coche.» No veía ningún coche aparcado en las inmediaciones de la casa, pero su-

puse que estaría estacionado cerca, quizá junto al camino donde los ancianos me habían dejado el día de mi llegada. Uno de esos primeros días decidí coger la mochila vacía y bajar al pueblo a por algunos alimentos y otros productos de higiene que necesitaba. Mi orgullo me impedía pedirle ayuda a Duncan porque había desatendido mi llegada y me había dejado plantada en un lugar desconocido. Cuando salí de mi habitación lo encontré sentado en el sofá leyendo una novela de ciencia ficción.

—Hola.

Se giró extrañado, como si hubiera olvidado que alguien más vivía en esa casa, y me saludó con la cabeza.

—Voy a bajar al pueblo a por algunas cosas. ¿Necesitas algo? —Hice esta pregunta por pura cordialidad, no es que quisiera ser simpática, me salió así por educación.

Se quedó mirándome y tardó en contestar.

—Tú no tienes coche.

—No, voy a bajar andando y luego cogeré el funicular.

Una risa rompió la seriedad de su rostro.

—No digas disparates. Bajaré yo en coche. Dime qué es lo que necesitas y te lo traigo.

—No, no quiero molestar. Puedo bajar sin problema, para algo tengo dos piernas.

Noté cómo bajaba la mirada y me observaba las piernas por unos segundos.

—¿No crees que tiene más sentido que yo baje en coche? Siempre lo hago. Suelo bajar una vez por

semana y traigo el baúl lleno. Aún no me toca hasta pasado mañana, pero si te urge algo no me importa bajar hoy. Yo me encargo.

Apoyé la mochila vacía en uno de los taburetes. Después cogí un vaso y lo llené de agua sujetando con las dos manos una de esas enormes garrafas de cinco litros. Mientras bebía él se volvió a girar y siguió leyendo su libro, dando la conversación por zanjada. Me incomodaba pensar en tener que decirle lo que necesitaba, pues ni yo misma estaba segura. Sentí que se me estaba arrebatando en cierto modo la libertad de pasear por una tienda observando el contenido de los estantes y decidiendo en el momento qué era lo que me apetecía comprar.

—Si quieres puedo bajar contigo —le dije apoyando el vaso en el fregadero.

Miró su reloj de pulsera.

—Dale. Bueno, no sé... ¿En media hora te parece bien? Necesito terminar esto primero.

Cogí la mochila y eché a andar.

—Perfecto. Avísame, estaré en mi habitación.

Ya desde el pasillo escuché cómo resoplaba.

Como había imaginado, tenía su vehículo —un viejo coche que había alquilado en la ciudad— aparcado junto a la vereda, a cinco minutos andando desde la cabaña. Avanzamos entre los árboles en silencio, escuchando los ruidos del bosque sobre nuestras cabezas y bajo nuestros pies. Él caminaba como alguien que está muy acostumbrado a pisar la hierba. Yo no pretendía que fuéramos amigos, pero tampoco me

gustaba la idea de convivir con una persona que no me dirigía la palabra. Al otro lado del bosque, junto al sendero, se abría un asombroso paisaje de enormes montañas escarpadas. Ya en el coche, Duncan me preguntó si le había robado una coca-cola.

—Sí, cogí una de la nevera el otro día. ¿Te molestó?

—La verdad es que sí. La había dejado ahí para que se enfriara y cuando fui a buscarla no estaba.

Hablaba con la mirada puesta al frente y las dos manos sujetando el volante con precisión, como si no quisiera perder el control. De vez en cuando movía la cabeza en un gesto rápido tratando de apartar los mechones que caían por su frente.

—Lo siento. En cuanto lleguemos a la tienda compraré mis propias cosas, ya no tendrás que dejarme nada.

—Separación de bienes, así me gusta.

Sonrió. Yo aguardé un rato callada pensando si debía decir o no aquello a lo que tantas vueltas le estaba dando.

—Yo he tenido que fregar tus platos varias veces —solté.

Frunció el ceño.

—¿Por qué?

—Porque los dejas sucios en la pila de la cocina. Y luego llego yo a cocinar y me encuentro allí con toda la mierda.

Se rio como hacía siempre que le decía algo que no le gustaba.

—¿Y qué te importa?

—¿Cómo?

—¿Qué te importa que haya platos sucios?

—Pues si hay algo sucio, hay que limpiarlo. Así es como funciona una casa.

—Bueno, ese es tu problema. A mí no me molesta que haya platos sucios en la cocina. Si un día voy a comer y no hay ninguno limpio, agarro uno y lo lavo. No necesito más.

Apoyé la cabeza en la ventanilla sin encontrar un argumento que pudiera desmontar su razonamiento.

—Esto es el colmo.

Volvió a reír, aumentando mi desesperación.

—¿Tampoco te molesta que las plantas se mueran?

—No se mueren. Están bien.

—¿Cómo puedes saberlo si ni siquiera las miras?

—Siempre están bien.

—Las plantas están bien porque las cuido yo. Si fuera por ti, los jardines de la señora serían el desierto de Merzouga.

Se puso serio por primera vez. Dio un frenazo y paró frente a una pequeña tienda de ultramarinos. Sacó la llave del contacto y se me quedó mirando a la cara. Sus ojos me parecieron más grandes entonces y penetraron los míos sin miedo ni vergüenza.

—Llevo viniendo a esta casa mucho tiempo. Hace cuatro años que paso aquí el mes de septiembre y esos jardines nunca se han muerto. Ahora tú estás aquí porque le has caído en gracia a la señora, y yo no me pude negar porque esta casa es suya. Pero te aseguro que no me vas a joder el mes, no te atrevas a hacerlo.

Me puse nerviosa. No me gustaban los conflictos.

—Yo no he venido a joderle el mes a nadie —dije calmando la voz, tratando de hablar de forma más pausada—. Las condiciones de esta casa eran simples: yo puedo alojarme en ella si cumplo con las tareas asignadas. Solo busco una buena convivencia.

Abrió la puerta y salió sin mirarme.

El establecimiento era de color blanco y tenía la puerta de madera abierta. Se encontraba en mitad de la carretera, con muy pocas casas a su alrededor. Entré detrás de él, y cada uno cogió lo que necesitaba. Pasó él primero por caja y pagó sus cosas. Después me acerqué yo y saludé al encargado de la tienda, que fue colocando con delicadeza cada una de las mías en dos bolsas de la compra. *El otro escritor* salió sin esperarme y se montó en el coche. Por un momento pensé que me iba a dejar allí sola e iba a tener que subir en el funicular y después caminar los veinte minutos cargada con bolsas. Cuando salí Duncan estaba dentro del coche, mirando al frente y esperándome. Coloqué lo adquirido en el maletero y me senté junto a él. Arrancó sin pestañear.

—Está bien, lleguemos a un acuerdo —dije, dándole a entender que lo había estado pensando—. A partir de ahora te encargarás tú de bajar a la tienda. Dejaré una lista con lo que vaya necesitando colgada en la nevera. El día que tú quieras bajar, cogerás esa lista y me harás la compra. Luego te la pagaré, claro. A cambio, yo me encargaré de limpiar la casa todos

los días, fregar los platos, recoger la mesa... De eso y de cuidar el jardín, ya que tú no piensas hacerlo.

Asintió con la cabeza y apretó los labios.

—Trato.

Fuimos en silencio todo el viaje. Aparcamos el coche y caminamos hasta la casa sin hablar, del mismo modo en que habíamos hecho ese mismo recorrido a la ida, pero esta vez con una sensación más tensa, más agitada.

No volvimos a vernos durante el resto del día. Por la tarde salió a leer al porche, como hacía siempre sobre la misma hora, y yo decidí cocinar una tortilla de patatas. La hice grande, de ocho huevos, porque era la que mejor me salía, y pensé que así quizá él podría también cenar. No sé por qué me preocupé porque cenara, se suponía que debía estar enfadada, pero por un lado me sentí culpable de estropear su estancia, aunque sabía que no tenía derecho a hacerme sentir así, y por otro sentí la necesidad de cuidarlo, como si hubiera algo en esa apabullante seguridad que no me convenciera del todo.

Me asomé por la puerta que daba al porche y lo vi tumbado en la hamaca leyendo, como de costumbre.

—He cocinado una tortilla grande. Puedo dejarte la mitad.

Se incorporó en un gesto rápido y apoyó los pies en el suelo.

—Gracias. ¿Vas a cenar ya?

—Sí. Si quieres, podemos cenar juntos —me sorprendí sugiriendo.

Nos sentamos en los dos taburetes, frente a la barra de la cocina americana, el uno al lado del otro. Preparé en un bol unas hojas de lechuga y las aliñé con limón y aceite que había comprado esa misma mañana. Él encendió el tocadiscos y puso un vinilo de Buddy Holly. Después abrió una botella de vino y me preguntó si quería un poco. Le dije que no. El vino por las noches no me dejaba dormir y debía madrugar al día siguiente si quería, por fin, ponerme a escribir mi novela.

Cenamos en silencio. De vez en cuando abría la boca para decirme que la tortilla estaba muy buena. Yo le conté, por romper el hielo, que había aprendido la receta de mi madre.

—Mi mujer es la que cocina en casa —me dijo, y así supe que estaba casado—. No es un tema machista, solo que no es lo mío —se justificó.

—¿Y cómo es que hablas tan bien español?

—Mi exnovia —dijo mientras masticaba— es argentina. Viví allá un tiempo.

—¿Tienes hijos? —le pregunté.

—Sí, dos. Matt y Anna, de nueve y seis años.

Me sorprendió que pasara un mes alejado de su familia y me pregunté si tendría alguna forma de ponerse en contacto con ellos.

—¿Tú?

—Divorciada —le dije.

—¿Hijos?

Tragué el trozo de pan que tenía en la boca antes de responder.

—No.

Esa fue la primera noche que conseguí dormir del tirón. Al día siguiente me desperté a las cinco de la mañana y establecí la que sería, a partir de entonces, mi preciada y necesaria rutina, que cumplí con gusto durante casi toda mi estancia. Me levantaba a las cinco de la madrugada. La casa estaba fría al amanecer y caliente por las noches. Desayunaba un yogur con cereales y frambuesas que había en un cuenco en la cocina. Duncan las recogía todos los días de los frambuesos cercanos a la cabaña y las comía como pipas, se las lanzaba en la boca de tres en tres. Después yo nadaba durante tres cuartos de hora, hasta las seis y media. Pasaba por la ducha y estaba lista para ponerme a trabajar. Empezaba a escribir sobre las siete y no paraba hasta las ocho y media, cuando volvía a la cocina a prepararme un café con leche y unas tostadas. A las nueve regresaba a mi habitación, me sentaba de nuevo frente al escritorio y trabajaba en mi novela tres horas seguidas. Decidí fijar el mediodía, las doce en punto, para encargarme de los jardines. Si lo hacía todos los días, podía dedicarle una hora y librar a la una, hora perfecta para cocinar. Comía a las dos en la cocina y, al terminar, sobre las tres, salía al porche a leer.

Siempre me ha gustado leer otras novelas mientras escribo una, lo importante es escogerlas con cuidado, por la influencia que puedan tener en mi estilo. Hay muchos autores a los que leer los despista y prefieren no hacerlo mientras trabajan en sus obras por miedo a que la prosa de otro pueda afectar la suya. Yo creo que si la historia, el género y el tono están bien escogidos, el influjo de otro autor va a ser

positivo en mí. Me gusta analizar obras, estudiar el pensamiento de sus autores. Me inspira y me facilita la tarea.

Leer suponía parte de mi trabajo tanto como escribir. Leía durante dos horas mientras tomaba el segundo café del día. Después, cuando ya eran alrededor de las cinco de la tarde, recogía la casa. Algunos días hacía la colada, otros, fregaba los platos, lo que fuera necesario para mantener el orden. Era mi parte del trato. Cuando la cabaña no necesitaba demasiados cuidados volvía a mi habitación a escribir durante una hora más. Al atardecer, sobre las seis, me sentaba en una de las sillas del porche y revisaba todo lo que había escrito el día anterior. Leía primero de pasada para tener una impresión general y luego, en una segunda vuelta, me paraba en cada palabra, pensando si era la correcta o debía sustituirla por otra. A menudo no sabía bien qué estaba haciendo, no sabía lo que estaba escribiendo, pero me obligaba a seguir adelante sin pensar, esperando que en algún momento aquello cobrara sentido.

¿Me costó tanto escribir mi primera novela, a los veinte años? No recordaba el esfuerzo ni los obstáculos. Solo el resultado, la acogida que tuvo, discreta pero positiva. Se llamaba *Y entonces anocheció*, y era una compilación de historias entrecruzadas que ocurrían en Madrid, de noche. Algunas, en las calles de la ciudad, otras, en la intimidad de los hogares. Eran relatos breves que funcionaron sobre todo entre los lectores madrileños, pero después el

libro fue traducido a otros idiomas y tuvo más éxito del que yo esperaba. Pasaron varios años hasta que volví a intentar escribir, pues el miedo de no estar a la altura era más grande que las ganas que tenía, por aquel entonces, de contar historias.

Aquel septiembre viajé a esa cabaña y lo hice para siempre. La estancia duró un mes, pero el recuerdo se quedaría conmigo toda la vida. Es curioso cómo las circunstancias cambian el espacio que ocupa el paso del tiempo. Hay épocas en la vida que transcurren sin pena ni gloria y hay hechos concretos que hacen que una etapa termine y otra dé comienzo. Como en la historia. La aparición de la escritura es el acontecimiento que pone fin a la prehistoria y da inicio a la Edad Antigua y esta, a su vez, finaliza con la caída del Imperio romano. En la vida es igual, o al menos lo es en la forma que yo tengo de mirar hacia atrás. Cuando empecé la universidad, cuando conocí a Javier, cuando me quedé embarazada. Entre un hecho y otro ocurrieron muchas cosas que pasaron a formar parte de una etapa concreta de mi vida, entrando todas en un mismo saco. Una etapa puede extenderse, por ejemplo, durante tres o cuatro años. Los tres o cuatro años que viví en Londres. Pero otra puede ocupar tan solo tres o cuatro semanas si estas fueron reveladoras en el camino de nuestro desarrollo y crecimiento. Para mí, la época en la cabaña, el mes que pasé allí, no solo sirvió como un hecho histórico que puso fin a un ciclo y dio comienzo a otro, sino que el propio mes en sí constituyó una fase de

mi vida. El tiempo que pasé en aquella cabaña se dilata en mi memoria y se convierte en una fracción de vida larga e imponente. Cada día allí cuenta como un día significativo.

A medida que avanzó el tiempo y me fui encontrando más a gusto, el mundo exterior fue perdiendo fuerza, diluyéndose hasta desaparecer por completo. De pronto, aquella casa era el único lugar en el mundo. Yo estaba allí y también estaba allí *el otro escritor*, y fuera, más allá de los jardines y al otro lado del bosque, no existía nada.